


SUSHI

DE

RATA

SOYUNO MASAKI



editorial párpado 

SUSHI DE RATA

soyuno masaki

Adelante.-

Acabo de recibir tres impactos en el pecho y mi cuerpo se revuelve en el asiento, haciéndolo danzar. Varias manchas densas y oscuras comienzan a expandirse entre las fibras de mi camisa. Un empleado se acerca rápidamente; intenta ayudarme aplicando un trapo que lleva al cinto, pero no hay nada que hacer

—Es igual —le digo—, no pierda el tiempo.

—Tranquilo, déjeme hacer.

—No insista, de verdad. La culpa es mía, todavía no he aprendido a comer con palillos.

—Podrías haber hecho como yo —Renato me enseña sus cubiertos como si fueran Epi y Blas.

Lo más angustioso ha sido ver cómo caía la gamba sobre el cuenco de soja; lo ha hecho a cámara lenta.

A pesar del incidente, el pequeño aperitivo en el bar de tapas japonés ha sido una buena idea. Renato y yo nos rescatamos a menudo del trabajo, generalmente con algún café o cerveza, así que lo de hoy ha sido un extra, y con razón: como si fuera el día mundial del Zen, la gente ha salido a la calle para disfrutar de algo tan sencillo como un paseo bajo el sol, aspirar el perfume de las floristerías o valorar un poco las tendencias de moda para esta primavera.

—Se está bien aquí, ¿eh? —me dice Renato con las manos cruzadas sobre su espesa cabellera.

—Cojonudo.

Renato es un buen amigo, un ser con una elegancia natural que compensa en todo momento su aspecto des-

garbado. Además es sumamente flexible, como el bambú, cuando sufre una contrariedad no pasa un minuto que ya está erguido de nuevo. Por ejemplo, con su academia de idiomas: han llegado a embargarle hasta las tizas, pero él jamás se mostró abatido ni nos angustió con sus problemas, de los que por supuesto estábamos al corriente. Ahora no le falta trabajo, tiene un montón de alumnos que cantan las excelencias de su, por otra parte peculiar, método de enseñanza. La gente puede tener problemas para diferenciar un crianza de un reserva, pero a un alumno de Renato se le reconoce con dos frases.

Una mujer sentada en otra mesa nos saluda tímidamente. No la he visto nunca, pero enseguida observo a mi amigo agitar discretamente la mano.

—¿La conoces?

—Bueno... un poco...

—Parece simpática —le digo entonces para estirar el tema.

—La conocí hace unas semanas —me dice bajando la voz—. Ella iba caminando cerca de unos jardincillos cuando apareció un chorizo con pasamontañas que le quitó el bolso y salió corriendo. Yo pasaba por allí y, al presenciarlo, fui tras él.

—¡Qué bárbaro! —me burlo—. ¿Le alcanzaste?

—Enseguida. El tipo era más bien fondón y entrado en años. Cuando le pillé no ofreció la menor resistencia. No había nadie en aquella zona del parque; entonces se descubrió la cara y, sollozando, me confesó que era el marido. Patético.

—¿En serio? ¡Menudo canalla!

—¡Qué va! Un desgraciado, créeme. Según parece, su mujer tiene un agujero en la mano y cuando llega la temporada de rebajas no respeta ni las medicinas del abuelo. Su esperanza era que al robarle las tarjetas la economía familiar no se descontrolara tanto. En realidad no quería llegar al extremo de cancelarlas directamente y aquella le parecía una buena solución.

—Momentánea, claro.

—Como todo en la vida.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué voy a hacer? Le dejé marchar tranquilo. Se quedó con el dinero, las tarjetas, y acordamos decirle a su mujer que había encontrado el bolso en una papelería.

—Pues al yorkshire que tiene atado a la mesa no parece faltarle de nada.

—¡Anda! Es verdad —dice estirando el cuello para verlo—. ¡Hay que ver! Y el desgraciado ese haciendo horas extras para que no le falte su lata de paté.

—Etiqueta roja —apostillo.

—¡Mira, mira! Le está dando un trozo de tarta.

—Bueno —ironizo—. A lo mejor no es todo tan bonito como parece. Igual al perro lo que le apetece son unos buenos callos con chorizo y un vinito.

—¡Qué dices, hombre! —exclama—. Si a ese animal le das un terrón de anís y lo desintegras.

La mujer, una sexagenaria de amables facciones pero rotundo carácter, a juzgar por el trato que dispensa al can, sigue empeñada en que el chucho se termine un plato de sobras que le acaba de plantar el camarero. Todo eso me

lleva a suponer que el perro saldrá de allí rodando aunque, de improviso, comprendo que cada cual tiene sus mecanismos de defensa.

—¿Tú podrías comer y cagar al mismo tiempo?

—Técnicamente sí —me responde sin dejar de mirar la escenita.

Mientras el perro termina de esparcir sus deposiciones como un compás, parterre incluido, Renato y yo vamos pagando. Al pasar por delante de la señora mi amigo lifta un saludo.

—Por favor, caballero —le retiene ella—. El otro día, con los nervios, no pude agradecer como es debido su amable gesto. Tengo algo para usted... —comienza a rebuscar en el bolso.

—Por Dios, señora —le enseña las palmas—. No tiene que agradecerme nada. Hice lo que debía.

Nauseabundo. Por supuesto, Renato se queda a ver lo que sale de la chistera.

—Tome —la mujer coloca entonces en su mano una mugrienta estampita—. La he guardado siempre como oro en paño; obra auténticos milagros —añade convencida.

—¡Vaya! —responde confundido—. Es... muy bonita.

—Verá, llevo ya un tiempo con ella encima, aguardando la ocasión de verle y poder dársela.

—Pues se lo agradezco, aunque... no se ofenda, pero no le veo la tostada.

—¿Qué dice, joven?

—Que no le veo la utilidad, señora. No es que no valore su gesto, pero es que a mí todo esto del esoterismo...;

además, a usted parece irle muy bien con ella.

—Pruébela —insiste la mujer—. Récele usted a San Celedonio dos plegarias por la noche y verá cómo cambia su vida. Tiene un gran valor para mí —se le agua la mirada —: perteneció a mi marido; él hubiera querido también que se la diera.

—¿Su marido? ¿Por qué habla de él en pasado?

Renato ha comprendido enseguida que un marido muerto quince años atrás y la historia del chorizo son puzzles diferentes. Un lapsus lamentable que he jurado enterrar en mi memoria, aunque le cuesta un poco más zafarse de mi sonrisa.

—Sólo pido volver a cruzarme con ese farsante —me dice al guardar la estampita en su cartera. Luego nos vamos cada cual por su lado.

De vuelta a casa lo hago andando. No he querido decir nada, pero a mí lo que me apetecía de verdad esta mañana era caminar, mezclarme con la gente, con su espíritu festivo y optimista. Ver en este instante a un mendigo arrodillado no me ayuda. Cuando cruzo la calle un autobús me flika entero y eso despierta mi atención: el ruido del intenso tráfico, aquel martillo neumático que parece bailar una polka con el operario, o el camión ese que está descargando bombonas de gas como si lanzara caramelos por San Medín. Todo ese jaleo está ahí, existe de verdad; sin embargo, la gente discurre por el arborado paseo indiferente al terrible caos en que vivimos. Según el profesor Berz, si la calidad de vida fuera un rasgo evolutivo, los monos llevarían siglos sacándonos a mear.

Cuando entro en casa García todavía está tecleando frente a la pantalla. Después de saludarla con un beso mudo para no distraerla más de lo preciso, me alejo despacio hacia la habitación. Cuando salgo del baño está tumbada sobre la cama, con la camiseta subida hasta los hombros y silbando a su perdiguero para el masaje de turno. Según parece estoy en los albores de una tradición, y no es que deteste complacer a mi mujer, pero hasta la actividad más placentera se descompone si la colocas en un bucle interminable; luego, cuando ya me pongo en materia, la cosa cambia; me encanta amasarla como si fuera yo quien le da forma: "El alfarero loco y sus vasijas de carne", o algo así, mientras se escapan de su boca agradecidos suspiros o cosas más sorprendentes, del estilo "¡Qué bien! Qué daño más bueno. Aprieta más". Para mí, tan alejado del refinamiento modélico del Sr. Bondage o la Warner Bros, quienes han hecho del dolor una fuente inagotable de placer, no deja de ser curioso el extraño mundo de las terminaciones nerviosas.

Hoy estamos solos, así que habrá final feliz. Los chavales han ido a una exhibición de doma con mi suegra, islandesa pero muy simpática. Karina fue una vidente de cierto prestigio en sus años mozos, aunque eso no le sirviera para calar a un pintor aragonés, mi suegro, que la embaucó con los últimos restos de una herencia. A pesar de todo, García creció sana y feliz; igual que nuestros hijos: dos normales y el de en medio, que no quiere ni oír hablar de Manga.

Mi pareja es un ser peculiar, como casi todos los que duermen boca abajo y con los brazos pegados al tronco. Morena, con un rostro que parece siempre bien dormido y esa nariz, ligeramente chata, que tan bien se acopla cuando nos besamos. Tiene además un notable sentido del humor que se manifiesta en los momentos y lugares más in-

sospechados: imprimir mi rostro en el papel higiénico de casa, llamar al despacho haciéndose pasar por la mujer del Papa, o meter una enorme rata de plástico en el armario de las galletas, por poner unos ejemplos.

Nuestros días transcurren con los mismos trazos monótonos y chispeantes de cualquier familia. Cada uno de ellos es distinto mientras los vives pero, a medida que te alejas, va siendo cada vez más difícil distinguir unos de otros: qué película vi el martes, cuál fue el menú del jueves o, sencillamente, cuándo fue la última vez que me probé sus bragas en el baño. Existen multitud de detalles que desaparecen de nuestra mente con la frescura de un gigo-ló. Acordarse de todo es imposible pero, afortunadamente, desde hace unos meses es el ordenador de casa quien se ocupa de estos menesteres. En efecto, mi mujer, una programadora free lance con la agenda llena de colorines y mensajes, diseñó hace tiempo un sistema domótico que controla prácticamente todo cuanto hay en la casa, se relaciona perfectamente con la pavorosa maquinaria fiscal, e incluso se permite recurrir alguna que otra multa. En fin, una maravilla que esta mañana, por ejemplo, se ha permitido enviarme un mensaje con tareas pendientes: "Hoy, masaje y complemento a la señora de la casa" ¡Desde luego!...

Al girar su rostro, limpio como el de un recién nacido, observo que García está llegando al quinto sueño. Ahora podría decirle cualquier tontería y ella no se enteraría jamás. Después de tanto tiempo puedo saber cosas así o más difíciles; todo cuanto no tenga relación con lo que piensa, claro está. La miro de nuevo: García se mueve mucho en la cama, pero lo hace con una dulzura extrema, como si danzara entre sábanas. A veces noto su cuerpo deslizando por encima de mí y, al instante, en el extremo opuesto de la cama. En realidad no es que se mueva mientras duermo, yo diría que da largos paseos. "Ábrete de piernas" le susurro en tono imperativo. "Mmmamón", la oigo musitar mientras se da la vuelta y sigue durmiendo. Es-

pantada cual ave, mi atención se deposita ahora sobre mis hijos, concretamente sobre lo que les sucederá en unos años, cuando vayan llegando a los quince. Me molestará que mi mundo se la traiga al paio, como si yo ya no forme parte del presente. Me aterra pensar que su mirada será la misma que observo en los hijos de algunos amigos, que parecen enfocar por detrás suyo. Una mirada terrible, entre arrogante y desdeñosa, que los excluye de su mundo sin la menor clemencia, desterrándolos al reino doméstico de Tontolabaland. Por otro lado, pienso ahora, dejando a un lado las preferencias que dividen a padres e hijos gracias a una hábil mercadotecnia, lo que de verdad importa es el mundo de los sentimientos, y que los chicos sepan hablar de esas cosas con nosotros y, al mismo tiempo, no te destrocen el coche o la visa. Para eso no hace falta pintarse granos, comer hamburguesas o acompañarles a bailar por la tarde; sólo es preciso, además de que te quieran, caerles bien: así de fácil e imposible.

El 20 de junio hará diez años que nos casamos en la capilla de Albiñana. Una mañana radiante que yo siempre recordaré, más que por la ceremonia en sí, por la imagen de García ascendiendo por la escalinata de piedra que desemboca en el pequeño patio de la ermita. La vi llegar ralentizada, recortando con su elegante figura el cielo azul que rodeaba aquella loma, mientras una suave brisa nos mantenía agradablemente suspendidos en aquel instante mágico. Lo demás fue lo de menos. Bueno, recuerdo algo gracioso: la contestación de García a la cuestión de rigor: "cantidad", dijo, como si la pregunta se la hubiera hecho un colega. El cura la vio tan decidida en su respuesta que siguió con lo suyo. Luego nos besamos, pero no fue la primera vez: detrás nuestro, Frida, la hermana de García, acariciaba el pelo de Julián, nuestro pequeño hijo de tres años.

Poesía.-

Lunes por la tarde; los últimos restos del domingo acaban de esparcirse por el cosmos. Comienzo a sentir ese estado de ánimo positivo y creciente cuyo punto álgido ronda la noche del jueves. Al poco rato me interrumpe García cuando estoy cosiéndome una cremallera.

—Esta tarde he hablado con el tutor de Félix.

Félix es el de "enmedio". Jamás le he visto con una consola entre las manos. Preocupante.

—Su profesor de lengua les pidió una poesía sobre la vida. Lee lo que escribió tu hijo —me tiende una hoja.

"Lo que no existe no muere,

ni tan siquiera ha nacido.

Sin principio, sin final,

la eternidad pues, no existe.

Mi razón son mis recuerdos,

morirán cuando yo muera.

¿Qué quedará?"

—Ah.

Lo tengo delante. Con ese aire recatado y amistoso que se gasta cualquiera pensaría que su mente es tan manipulable como la de cualquier mocoso. Lo cierto es que el chaval es de lo más simpático, y muy ocurrente. No es el típico niño que cuando hace algo gracioso luego lo repite hasta que se casa; ni siquiera es egoísta, es... práctico; eso es: el pragmatismo se ha encarnado en mi hijo, y mi deber

como padre será seguramente cuidar de él hasta que pueda propagar su doctrina por todo el orbe.

—Me has sorprendido, Félix. No te sabía tan nihilista.

—No sé que es eso —me responde.

—Bueno, que eres descreído, que no crees en lo que la mayoría.

—Eso no es cierto. Sí que creo en cosas.

—Claro, lo supongo, pero me refiero a la religión. No sé..., tienes tan sólo once años y esa manera tuya de pensar me sorprende. ¿Cómo se te ocurrió algo así?

—A veces lo hablamos con los amigos. Lo que te espera cuando mueres y eso.

—Ya. ¿Y qué piensan tus compañeros?

—La mayoría piensan como yo, que no hay nada.

—Pero... y en clase... ¿no habláis nunca con los maestros de este tema?

—Sí, a veces, pero es un rollo; utilizan palabras extrañas y nadie les entiende. Dicen cosas como "trascendencia" o "energía cósmica".

—¿Y no crees que puede haber algo más allá de tu comprensión?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que tal vez tu cerebro no esté capacitado para entender qué es lo que sucede con el hombre cuando muere.

—Ya —me mira fríamente—. Si lo que quieres decir es que cuando muera entenderé lo que pasa, entonces esa

persona tan lista ya no seré yo, sino otro, y a ese otro no le importarán ni mis recuerdos ni nada de nada.

A medida que anochece, el salón de casa va oscureciéndose también, pero las palabras de mi hijo siguen alesteando en mi cerebro sin que yo acierte a clasificarlas. Me lo imagino jugando por ahí como un energúmeno.

Cuando dan las nueve veo a García cruzar la puerta con la bandeja de bikinis calentitos y crujientes. Los deposita con cuidado en la mesa, junto al tablero. Estamos en plena partida del "pequeño Lama", un divertido juego al que siempre ganan nuestros hijos. Acabo de reencarnarme en un precioso cochinillo para delicia de mis contrincantes. Mi hijo pequeño está a un paso de convertirse en Lama. Si cae en la casilla de limpieza kármica nos ganará en un santiamén. Miro a García: ha caído en el talmud y lleva tres turnos sin tirar, verdadera mala suerte. Julián dice: "Salvo al Papa por dos milagros", y tira los dados. Esta es mi familia.

Polipoesía.-

Mi patria podría ser cualquier lugar del mundo que respetara las condiciones culturales, climatológicas y sociopolíticas a las que estoy acostumbrado. Por ejemplo, Beirut. Si el enclave en que se encuentra esta bella ciudad, conocida antiguamente como la Suiza oriental, alcanza en el futuro la tan ansiada sinergia entre las diferentes facciones que la pueblan, y yo lograra convencer a la mayoría de amigos y familiares para un traslado masivo a ese lugar, es muy probable que llegara a adaptarme. Aunque está lo del idioma. Por otro lado, me doy cuenta, es absurdo pensar en algo así. Vivo en un barrio maravilloso, Gracia, lleno de plazas soleadas y gente amable y divertida. Irme de aquí sería una incongruencia tan grande como sacudirla antes de mear.

Al salir de casa echo un vistazo a la fachada, luego miro a García, que me acompaña tan guapa como siempre, y siento algo que mi prudencia no revelaría jamás a una feminista radical.

Mi mujer recibió unas invitaciones para un recital de polipoesía que da el protegido de unos clientes suyos, un tal Flovert. La metamanifestación, como la describe el propio artista, tendrá lugar en uno de los múltiples recintos que el ayuntamiento tiene para barbacoas culturales: un antiguo convento del siglo XV. En parte estoy de acuerdo, mientras toda esa gente disponga de un medio de expresión al menos no atrazarán a los turistas. A última hora hemos logrado convencer a Cristina y Renato para que nos acompañen; en agradecimiento les invitamos a un restaurante que hay cerca de allí, en el casco viejo, un clásico con ciento veinte platos en la carta. Poco después de recogerles ya estamos entrando en el comedor. Da gusto circular un martes.

Todos le hemos dicho ya al camarero lo que nos apetece, pero Renato todavía le da vueltas al folleto que presenta al artista.

—¡Ejem! —carraspea el hombre sin dejar de sostener su lápiz.

—Sí, sí, ya voy —responde él ante el codazo de su mujer—. Y si no, mire, ya sé qué hacer: póngame el veinticuatro y el setenta y ocho. Asunto arreglado.

—¿Cómo dice, señor? —pregunta el camarero sin perder la compostura.

—Que me pido los platos número veinticuatro y setenta y ocho del menú. Cuente usted los platos y, cuando llegue al número, lo que haya escrito me lo trae, que yo me lo como. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, sí, por supuesto —asiente imperturbable.

—El caso es que... —continúa dándole vueltas al papel—. Esto que pone aquí abajo: reestructuraciones algebraicas del amor. ¿No será un genio?

—¿Qué quieres decir? —pregunta García.

—Bueno, estamos dando por sentado que este tío es un plasta que nos va a dar la noche, pero ¿y si no fuera así?

—Sería una agradable sorpresa, aunque lo dudo —responde—. Mi cliente insistió mucho en que acudiera, como un favor especial. Parece razonable pensar que todo aquel que le conoce huye despavorido, así que se las ven y se las desean para captar nuevo público.

—Podrían ofrecer canapés —sugiere Cristina—. Eso acostumbra a dar buen resultado.

—Y lo hacen —sonríe ella—, por eso estamos aquí.